

## La sonrisa trocada

**E**l 24 de junio de 1935 fue mi último día. Esa mañana luminosa tenía una cita con Fernando González en la Librería Dante, para recoger los Ensayos de Montaigne, que habíamos pedido a la editorial Garnier Hermanos de París.

Cuando llegué, Fernando estaba hojeando uno de los tomos. Al verme, y a modo de saludo, me leyó: “*Nosotros no vamos; somos llevados como las cosas que flotan, dulce o violentamente, por aguas serenas o enloquecidas*”.

—Al fin llega a esta ciudad un poco de sabiduría —dijo, abrazando el libro contra el pecho y sonriendo con malicia.

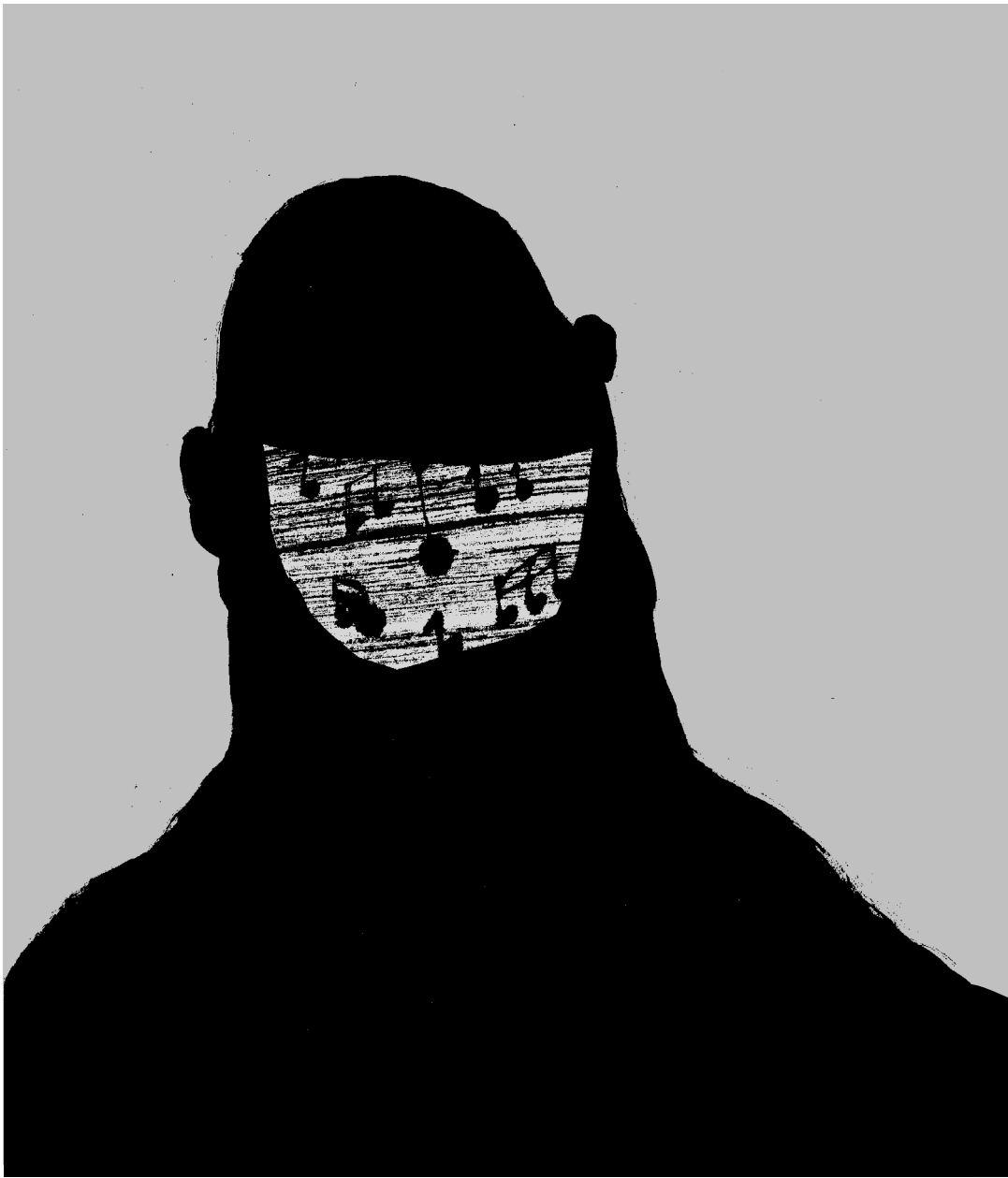
Reclamé mis ejemplares y salimos de la librería. Subimos por la carrera Palacé hacia el barrio del Prado. Hablamos sobre la intención que tenían algunos comerciantes de convertirse en jueces, y de otras ocurrencias de los ricos de Medellín. Cuando llegamos a la altura del Seminario nos despedimos; Fernando tenía que ir a ayunar, y yo a almorzar. Cruzó la calle con su cuerpo ágil, y me miró desde el otro lado, con esa mirada de pícaro y santo, casi eterna. Fue la última vez que lo vi.

Almorcé temprano en casa de Paulina Velásquez; recogí las maletas, los encargos, y mandamos a buscar un carro para que me llevara al aeródromo. Subí las maletas y tomamos la vía de La Playa, hacia el campo de aviación de Guayabal.

Cuando estábamos llegando vi mucha gente. Pregunté al chofer qué pasaba.

—Es que Gardel va a hacer una escala en Medellín. Él estuvo aquí hace tres días, y fue una sensación.

El carro me dejó enfrente del casino de Scadta. Pude ver el avión que venía con sus tres motores encendidos carreteando hacia el casino. Bajé las maletas y entré en el cobertizo. Entregué el equipaje y me dirigí a la barra. Ofrecieron cerveza negra alemana. Oí el ruido de otro avión que aterrizaba; la gente comenzó a correr hacia la baranda que protege la pista, el avión se detuvo frente al casino de la Saco, que estaba a unos cien metros del nuestro.



Se abrió la portezuela y comenzaron a bajar los pasajeros, sonrientes. En la portezuela del avión apareció Carlos Gardel. Se quitó el sombrero gris claro con cinta azul oscura y saludó al público que aplaudía; llevaba un traje negro, una corbata menta, y en el bolsillo de la chaqueta un pañuelo blanco de seda. Se dirigió al interior del casino; las gentes gritaban vivas y querían saludarlo, pero Gardel desapareció dentro del recinto.

—Buenas tardes —me dice con el extraño acento gutural de los alemanes el copiloto Harmann Furst, con quien había conversado en otros vuelos.



—¿Cómo están hoy las cosas? —le pregunto.

—Muy molestos con el dueño de la Saco; ha publicado un aviso en el periódico para humillarnos a Thom y a mí, por habernos quitado a Gardel.

Recordé que durante el último mes las disputas entre las dos compañías habían sido bastante agresivas y que en Bogotá, el día que venía para Medellín, los dos pilotos se insultaron y se prometieron venganzas que no logré comprender. Pensé que peleaban por nosotros los pasajeros, pero no

estoy seguro. Gardel salió del cobertizo y levantó un vaso para saludar a los admiradores que continuaban lanzándole vivas. Tenía el sombrero puesto, apoyada la mano en el hombro de un amigo. Don Jorge Moreno se me acercó y dijo:

—¡Qué envidia! Ah bueno ganarse la vida cantando por el mundo, rodeado de admiradoras y amigos, y vivir en una sola fiesta como ése.

Vino Hartmann y nos invitó a subir al avión. Al salir del cobertizo había mucho viento. Subí a la nave y me senté en el puesto detrás del mando, para ver las maniobras de los pilotos. El asiento es de mimbre, no muy cómodo, pero “no transmite la vibración de los motores”, me explicó Hartmann una vez. Don Guillermo Escobar y don Jorge Moreno se sentaron frente a mí; un extranjero que yo no conocía subió con ellos; debe ser otro alemán, pensé, se están adueñando de todo. Vi por la ventana que el avión de Gardel también estaba listo para despegar y alcancé a distinguir al jefe de tráfico colgado de la portezuela, diciendo algo a gritos.

Thom y Hartmann aceleran los motores y el avión hace tal estruendo que parece que se va a desintegrar; yo no me preocupo, porque Hartmann me ha dicho que un avión tiene decenas de miles de tornillos. La nave se mueve hacia la pista unos pocos metros y luego se detiene. Thom y Hartmann hablan en alemán, o mejor, gritan para poder oírse. Pienso que ese idioma es muy apropiado para gritar. Mueven clavijas, botones y esperan. Don Guillermo está rezando en silencio, no quiere que se note que tiene miedo. El cabinero nos ofrece algodón para los oídos. El avión que conduce a Gardel llega a la cabecera de la pista y gira hacia la recta. Ernesto Samper, piloto y dueño de la Saco, está pletórico con su triunfo: lleva al cliente más famoso de los últimos tiempos y sólo hace dos días se lo arrebató a su rival. Pone a rugir los tres motores de su F31 y toma la pista para despegar a toda marcha. En medio de su soberbia, Samper quiere hacer una gracia para ridiculizar al alemán; desvía el avión de la recta, quiere pasar rasante sobre nosotros y darnos un susto. Veo venir el avión volando a baja altura y confío en que pueda elevarse. Thom y Hartmann miran paralizados y entonces el avión se incrusta en el nuestro.

Envueltas en llamas, abrasadas por la furia insensata de la competencia, las dos naves fueron una sola. Dentro de los estuches crepitaban las guitarras; las gominas y los sombreros de fieltro inglés impregnados de un olor a lavanda, las letras de canciones, las cartas y contratos del cantor se encogieron sobre sí antes de convertirse en serpentinadas de candela amarillas y azules.

Yo también morí esa tarde.

Todo era confusión: nuestros cuerpos quedaron desparramados por la pista. Un doctor Montoya trató de hacer las necropsias pero nadie podía

reconocernos. Había humo de todos los colores. Buscaron las argollas para saber quién era quién, pero el calor había fundido el oro; ahora éramos estatuas de carbón. Buscaron señas entre los rostros ennegrecidos: en el rictus petrificado de mis labios creyeron ver la sonrisa de Gardel. Comenzaron a tratarme de manera muy especial; la Paramount mandó una caja metálica para mí. Empezó entonces mi último peregrinaje: me llevaron por montes, ríos, valles y selvas hasta el puerto de Buenaventura, de allí en barco a Nueva York y luego a Buenos Aires, en la Argentina.

Ahora estoy aquí, en el cementerio de la Chacarita. Me visitan miles de seres desconocidos. Estoy rodeado de placas y mármoles conmemorativos, me llaman con cariño Morocho, Mudo, Zorzal. Entristece mortalmente saber que desde hace años, allá en Medellín, mi esposa Margarita le lleva flores, le reza y le encomienda –¡ay!– nuestros hijos a ese señor que, a decir de todos los que me visitan, cada día canta mejor. 